

Apogeo y decadencia de la política en las calles, 1969-1999*

Luis Alberto Romero**

Resumen

El presente trabajo analiza el lugar que ha ocupado el espacio público, más precisamente, la calle, en la cultura política argentina desde el periodo de movilización y violencia de los años 70 hasta la civilidad democrática. Se argumenta que de constituir un escenario real y simbólico de la confrontación de la vida política a comienzos de los 70, la calle ha sido abandonada gradualmente por los ciudadanos y repoblada por espectadores perdiendo así su fuerza como espacio público de expresión política.

Descriptores

Democracia – Dictadura – Cultura política – Espacio público – Participación política

* Publicado en ROMERO, José Luis y ROMERO, Luis Alberto (directores), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Altamira, 2000.

** Investigador Principal del CONICET y profesor titular de Historia Social General en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Director del Centro de Estudios de Historia Política en la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín (laromero@fibertel.com.ar)

La ciudad –y el país todo- siguió con moderado interés las elecciones presidenciales de 1999, pese a que iban a marcar, claramente, un cambio de ciclo. Prácticamente no hubo actos públicos, ni tampoco marchas o caminatas; los candidatos se concentraron en los medios masivos, guiados por cotizados profesionales de la imagen. Lo que decían estaba cuidadosamente calculado para no excluir ningún posible votante, y las diferencias se marcaron mucho más en el estilo político –la honestidad o el *aburrimiento*- que en lo programático. Los votantes, por su parte, eran bastante escépticos acerca de la posibilidad de algún cambio profundo. Y sin embargo, fueron elecciones fuertemente competitivas, y para muchos votantes, las lealtades tradicionales pesaron menos que un cálculo, bastante afinado, de ganancias y pérdidas.

Trasladémonos veinticinco años atrás, a agosto de 1973. Juan Domingo Perón estaba a punto de ser electo presidente: nadie lo dudaba ni lo discutía, al punto que las fuerzas de izquierda, de discreto desempeño en marzo, optaron por no presentarse. La campaña fue muy breve, pero hubo un gran acto, sin discursos: el líder revistó a sus partidarios, que desfilaron delante suyo frente al edificio de la CGT. Las dos mitades en que se dividía el peronismo pasaron claramente separadas, viviendo unas a la *patria socialista* y otras a la *patria peronista*, criticando unas y otras a los *traidores* y a los *infiltrados*. Se trataba en primer lugar de contar cuántos eran: 164 minutos tardaron las huestes de la CGT y 162 las de la Tendencia Revolucionaria. Luego, qué grado de fervor, militancia, disciplina y encuadramiento demostraban: con las banderas negras de Montoneros y las negras y rojas de la JP, y su cohorte de tambores y redoblantes, la tendencia fue imponente. ¿Para quién era este despliegue? No para una opinión pública supuestamente independiente; tampoco para peronistas que no hubieran hecho ya su opción: se trataba de mostrarle al General dónde y con quién estaba el *pueblo peronista* y, para algunos, convencerlo de que *rompiera el cerco* y expulsara a los *traidores* del templo. Para la Tendencia y Montoneros fue un intento vano: el General, que ya había hecho su opción, se retiró a descansar luego del paso de la CGT¹.

Movilización y violencia, 1969-1976

La escena ilustra algunas características de la vida política en Buenos Aires a comienzos de los 70 y, particularmente, la importancia de la calle como escenario real y simbólico de la confrontación². Desde 1969 –el Cordobazo en un adecuado mojón- la sociedad argentina entró en efervescencia, sumando descontentos múltiples y variados. Algunos fueron generados por el gobierno autoritario encabezado por Onganía, que tocó zonas sensibles, como la Universidad; otros derivaron del proceso de modernización y concentración del capitalismo, impulsado por la política del ministro Krieger Vasena, que afectó, por distintos motivos, a los trabajadores de las

¹ Sobre este acto, y sobre todo lo relacionado con Montoneros y JP, GILLESPIE, Richard, *Soldados de Perón. Los montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987; ANZORENA, Oscar R., *Tiempos de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988. Testimonios sobre la vida política del período en ANGUITA, Eduardo y CAPARRÓS, Martín, *La voluntad*, Buenos Aires, Norma, 1997.

² Sobre las características generales de la sociedad y la política, remito a mi libro *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994. Los hechos han sido reconstruidos en mi libro *Argentina. Una crónica total del siglo XX*, Buenos Aires, Aguilar, 2000.

industrias de punta y a las producciones agrícolas regionales. Otras cosas estaban en el aire: las convulsiones estudiantiles, de París, de Berkeley o de México, la apelación del catolicismo *tercermundista* y su *opción por los pobres*, los movimientos revolucionarios nacionalistas y antiimperialistas, el ejemplo de la Revolución Cubana, la presencia en Bolivia del Che, eficaz aún después de su muerte, y sobre todo la nueva imagen que, desde cada una de esas perspectivas, asumió el peronismo.

El polo autoritario construido por el general Onganía contribuyó a dar unidad a un frente amplio y variado, que se unió para combatir la *dictadura* y el *imperialismo*. Las expectativas de cada uno de los participantes de ese frente eran variadas, pero todos participaron de un anhelo común de cambio y regeneración: era posible construir un mundo nuevo, radicalmente distinto, libre de las miserias del presente. El camino era claro y la realidad transparente; no había términos medios: de un lado el pueblo y del otro los agentes de la dependencia y la explotación. Para el pueblo, nada era imposible: bastaba conquistar el poder, el punto de apoyo con el cual la poderosa palanca de la voluntad popular podría mover el mundo. El anhelo general debía trasmutarse en fuerza política; desde el Cordobazo, las opciones eran variadas, y no necesariamente excluyentes. Proliferaban las organizaciones armadas, según el modelo cubano o el más cercano de los Tupamaros³. Hubo quienes proponían organizar a la clase obrera, desde la perspectiva marxista más clásica, a partir de la experiencia sindical cordobesa⁴. Otros, desde una postura populista radical, esperaban la repetición de levantamientos populares como el de Córdoba. Muchos confiaban simplemente en el retorno de Perón, que sería eficaz unido a alguna de aquellas opciones, a todas ellas juntas, o hasta por sí mismo: la imagen de Perón, cargada de significados múltiples, tenía una enorme capacidad de movilización, y era capaz de unificar expectativas y experiencias diversas y contradictorias.

Entre tantas alternativas, estuvo ausente cualquiera vinculada con la democracia formal, largamente depreciada en el imaginario de la sociedad y sobre todo en el mundo de los militantes, de quienes se consagraban a la tarea de provocar el advenimiento del mundo nuevo. Sus orígenes y experiencias políticas previas eran muy variados: hay quien venía de la *resistencia peronista*, o de alguna de las muchas versiones de la izquierda ortodoxa: guevarismo, chinoísmo, trotskismo; hay muchos que habían hecho, o estaban haciendo, el largo recorrido que los acercó al peronismo, ya sea para fundirse en él o para *entrar* y conducirlo. Muchos hicieron un recorrido similar desde el integrista católico y el activismo nacionalista hacia un catolicismo *tercermundista* que los llevó al peronismo. Son trayectos complejos en términos ideológicos o discursivos, pero mucho más simples en términos personales: los militantes eran jóvenes, con poca historia personal atrás y pocos problemas para desprenderse de ella.

³ Las principales organizaciones que actuaron en el período fueron el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), luego fusionada con Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), y Montoneros. Sobre su acción, HILB, Claudia y SLUTZKY, Daniel, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

⁴ Sobre el sindicalismo cordobés, BRENNAN, James P., *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, y Agustín J. Tosco. *Por la clase obrera y la liberación nacional*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Esta movilización revolucionaria de la sociedad se manifestó tardíamente en Buenos Aires. Luego de dos hechos espectaculares, el asesinato de Augusto Vandor en 1969 y el secuestro del general Aramburu en 1970, las organizaciones armadas hicieron sus primeras experiencias lejos de la Capital, allí donde el poder armado del estado era más débil, y a lo sumo incursionaron por la periferia del Gran Buenos Aires. En cuanto a la movilización de masas, en Buenos Aires tuvieron mucha más fuerza los administradores tradicionales del descontento, contra quienes marchó la nueva movilización: los partidos políticos y sobre todo las organizaciones sindicales. Así, las *jornadas* ocurrieron en Rosario, Cipolletti, Mendoza, Malargüe, Tucumán, y en Córdoba siempre. Las cosas siguieron así hasta que se acercó el momento de la definición política: las negociaciones por el Gran Acuerdo Nacional y la anunciada retirada del gobierno militar, relacionada con el retorno al país de Juan Domingo Perón. A mediados de 1972 Montoneros promovió la constitución de la Juventud Peronista y, a través de ella, la organización y movilización de las masas populares. De la mano de la JP, la política revolucionaria llegó a Buenos Aires, el escenario mayor.

Por entonces, Montoneros era la principal opción política que se ofrecía al vasto descontento social. Sus fundadores provenían del integrismo católico. En su fundación, hubo un acto de violencia de alto contenido simbólico: el asesinato, *ejecución*, en sus términos, del general Aramburu, en junio de 1970. Eran muchas las organizaciones guerrilleras, pero ninguna otra instaló de una manera tan central el asesinato simbólico en sus prácticas. Su performance militar no fue todavía demasiado destacada: luego del acto inicial acumularon varios fracasos y estuvieron a punto de desaparecer. En cambio, fue notable su capacidad política discursiva, su falta de prejuicios o límites para adoptar e integrar diversos discursos y, sobre todo, para apropiarse de la imagen simbólica de Perón, identificarse con ella, legitimarse y usarla libremente, aprovechando, ciertamente, la decisión de Perón de dejar usar su nombre más o menos libremente, bendiciendo a todos. Montoneros encarnó, hacia 1972, el grueso del imaginario revolucionario asociado con la figura de Perón, y a través de ella adquirió una posición dominante entre todos los otros aspirantes⁵. A medida que se acercaba la salida electoral, y que se avecinaba el retorno de Perón, fue casi imposible competir con ellos.

Otra cosa los singularizó: la combinación de una organización guerrillera con una estructura militar, y una amplia organización de superficie, subordinada a aquella pero con una gran capacidad para desplegarse en la sociedad. Asociaron la mítica y polifuncional imagen del líder con una organización armada que eran algo así como Robin Hood o El Vengador Justiciero. Los jóvenes de la JP se lanzaron a abrir unidades básicas en barrios y villas de emergencia; luego, en las facultades, los colegios secundarios y los sindicatos, y dieron su propia versión de la Comunidad Organizada: la Juventud Universitaria Peronista, la Unión de Estudiantes Secundarios, la Agrupación Evita, la Juventud Trabajadora Peronista, el Movimiento Villero Peronista, el Movimiento de Inquilinos Peronistas. Se asociaron con viejos militantes y achicaron el espacio de las organizaciones tradicionales del peronismo. Revitalizaron viejas consignas, que adquirieron un nuevo sentido: *Luche y vuelve*. Se

⁵ SIGAL, Silvia y VERÓN, Eliseo, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1986.

apropiaron del legado peronista: *Si Evita viviera, sería montonera*. Tuvieron una gran capacidad de movilización: en el acto citado al principio, en solo tres días (no estaban muy decididos a participar), pusieron en la calle 150000 personas, perfectamente organizadas y encuadradas.

¿Para qué? Según las declaraciones iniciales, las organizaciones de superficie debían ser la cobertura y la fuente nutricia de la organización armada, que encaraba una larga lucha. Pero pronto entraron en el gran juego político, que se dirimió en las calles de Buenos Aires, y particularmente en la Plaza de Mayo. El 28 de julio de 1972 la JP realizó un acto en la cancha de Nueva Chicago, donde se repudió el Gran Acuerdo Nacional y se gritó *¡Ni votos ni botas/ fusiles y pelotas!* A la salida, hubo represión policial y réplica de grupos de las organizaciones armadas. En noviembre volvió Perón, que se instaló en una casa en Martínez, y la JP fue la dueña de la calle, convertida en romería. Perón acordó con las fuerzas políticas tradicionales los términos de una *reconstrucción* ordenada –que satisfacía mínimamente los requerimientos militares–, y partió después de proclamar la candidatura de Cámpora. Luego de una difícil pero rápida discusión, Montoneros y la JP se hicieron cargo de la elección y de la candidatura, y se convirtieron en el alma de la campaña, dominada por la consigna *Cámpora al gobierno, Perón al poder*.

Fue una campaña alegre: la victoria anunció la vuelta del líder y el comienzo mágico de la felicidad. Brevemente, apareció la otra cara de Montoneros: el asesinato ejemplarizador de Dirk Kloosterman, miembro de la *burocracia sindical*. Claramente Montoneros tuvo la iniciativa: dominaron la calle y pusieron en retirada a sus competidores dentro del peronismo. Ciertamente, no dominaron resortes menos visibles pero más decisivos del poder. El 25 de mayo, día de la asunción de Cámpora, fue su hora más gloriosa: la fiesta de la victoria y la aurora de la nueva era. La esperanza desbordó ampliamente los límites del peronismo, pero la JP/Montoneros fueron los dueños del festejo: inundaron la Plaza de Mayo con sus banderas, impidieron el acceso al Secretario de Estado norteamericano, vivaron a los presidentes de Cuba y Chile, insultaron a los militares *-se van, y nunca volverán-*, y como final de fiesta, marcharon a Devoto a liberar a los presos políticos. Los dos muertos de esa noche no alcanzaron para enturbiar la alegría de quienes creían haber tomado el cielo por asalto.

Se festejaba una victoria electoral, pero el evento tuvo mucho más de triunfo revolucionario que de restauración de una democracia en la que nadie creía demasiado: de manera quizá mágica, el sufragio instalaba al pueblo en el poder e iniciaba el reino de la justicia, el bien y la felicidad. El sufragio, antes que instaurar un sistema institucional, fundado en la división de poderes, le dio un mandato irrestricto a Perón, y a quienes actuaban en su nombre: un poder absoluto, no limitado por las formas; hasta la oposición política pareció concordar. Perón era la expresión del pueblo, uno e indiviso: no había ni otras voces, ni minorías, ni adversarios que fueran relevantes. Ambos rasgos, en realidad, eran viejos y casi constitutivos de la tradición política argentina.

El idilio duró poco, o mejor, ya había concluido antes del 25 de mayo. No se trataba de la oposición política, cortés y complaciente, que encarnaba Ricardo Balbín, sino de dos conflictos, distintos y confluyentes, que debió enfrentar Perón. En torno del Pacto Social, herramienta esencial en su propuesta, se desarrolló uno, decisivo pero

encubierto, entre las organizaciones obreras y las patronales: nadie declaró estar librándolo, aunque cada una de las partes, presionada a su vez por sus respectivos integrantes, estaba decidida a sabotearlo de entrada⁶. El otro fue el conflicto dentro del peronismo, polarizado en dos propuestas: la de la *patria peronista* y la de la *patria socialista*. Los infinitos matices y sectores del peronismo se disolvieron en estas dos alternativas, claras pese a su imprecisión programática. Fue un conflicto abierto y espectacular, que transcurrió en varios escenarios, pero predominantemente en Buenos Aires, o mejor dicho delante del líder, pues el objetivo de cada parte –y especialmente de la Tendencia Revolucionaria, que no tenía otros argumentos– era demostrarle que eran más y que encarnaban auténticamente al pueblo peronista.

Para eso había que ocupar espacios en el gobierno, pero sobre todo en la calle, donde la Tendencia era fuerte. El 20 de junio Perón regresó definitivamente. Para recibirlo, se organizó un acto masivo, cuya cabecera se ubicó en uno de los puentes de la autopista a Ezeiza. Los sectores tradicionales del peronismo decidieron evitar que se repitiera lo del 25 de mayo; así, coordinaron su acción los grupos sindicales tradicionales, sectores del peronismo no encuadrados en la JP, como Guardia de Hierro y el Comando de Organización, y otros organizados desde el ministerio de Bienestar Social por José López Rega controlarían el palco y manejarían el acto desde allí. Montoneros y la JP desplegaron sus bases, con el propósito de instalarse en la cabecera del palco. Tras las banderas de Montoneros, FAR y la JP llegaron al lugar varios cientos de miles de manifestantes, abriéndose paso por entre los quizá dos millones de personas que aguardaban a Perón. Desde el palco fueron atacados, con fusiles y metralletas; se estima que murieron 25 personas, y otras cuatrocientas resultaron heridas. La Tendencia se retiró, el acto fue suspendido y Perón debió aterrizar, solitariamente, en la base de Morón. Al día siguiente habló por televisión y lanzó su primera condena a los *infiltrados*. Poco después puso en marcha el dispositivo para alejar a Cámpora y ocupar su lugar⁷.

Todo estaba dicho. Perón había hecho su elección y ya no era posible invocar en vano su nombre. La movilización popular, por su parte, había fracasado ante grupos más oscuros pero poderosos. Sin embargo, durante todo un año se mantuvo la lucha por los espacios en la calle; muchos, sin duda, creían que podían convencer a un Perón sin duda mal informado; otros, aún conociendo su inutilidad, no encontraban cómo salir del dispositivo discursivo que ellos mismos habían creado: hablar en nombre de un Perón que, allí mismo, decía otra cosa⁸. El 21 de julio, inmediatamente después de la renuncia de Cámpora, 80.000 jóvenes fueron a la casa de Perón en la calle Gaspar Campos para *romper el cerco*: Perón estaba rodeado y aislado por su entorno, manejado por su esposa Isabel y el *brujo* José López Rega. Unos días después, 90.000 jóvenes se reunieron en Parque Saavedra para recordar la muerte de Evita.

Por otra parte, la palabra de Perón, como la Biblia, tenía un significado distinto y debía ser explicada: *El Descamisado* y los otros voceros de la tendencia hicieron maravillas hermenéuticas para mostrar que, detrás del cerco, seguía presente quien

⁶ TORRE, Juan Carlos, *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Buenos Aires, CEAL, 1983. DE RIZ, Liliana, *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Folios, 1981.

⁷ VERBITSKY, Horacio, *Ezeiza*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

⁸ SIGAL y VERÓN, op. cit.

encabezaría la construcción del socialismo nacional y, de momento, hacía guiños cómplices. En este imaginario, que acrítica o cínicamente lo había asociado con todas las fantasías revolucionarios, Perón parecía a veces un niño, que debía eludir a su madre para salir a jugar, y otras un frío calculador que, a la manera de Hitler, esperaba que cada uno demostrara su real fuerza para inclinarse ante el triunfador. Por eso, siguieron aprovechando los espacios abiertos por un movimiento que no se resignaba a declarar caduca su unidad, y juntaron en cada ocasión, como el 31 de agosto, masas compactas y disciplinadas para demostrar al líder su potencia. Pero a la vez –a Dios rogando, y con el mazo dando- recordaron que la Organización armada no se había disuelto ni había entregado las armas: el 25 de setiembre, dos días después de las elecciones, asesinaron a José I. Rucci, secretario general de la CGT y pieza importante para Perón. Pocos días antes el ERP, que de entrada declaró la continuidad de la guerra, realizó su primera acción de importancia en Buenos Aires: el ataque al Comando de Sanidad Militar. La violencia se instaló entonces en la ciudad.

El 11 de marzo de 1974, luego de varios meses de conflictos con Perón, Montoneros celebró el aniversario de la elección de Cámpora. En el estadio de Atlanta, repleto, Eduardo Firmenich, su jefe, denunció el Pacto Social y otras desviaciones del gobierno y declaró que aspiraban a la mayoría del poder para los trabajadores, cuya representación reclamaban. El 1º de mayo tuvo lugar la ceremonia pública de la ruptura: en la fecha ritual del peronismo, cuando el Líder preguntaba a su pueblo si estaban conformes con su conducción y estos respondían: *¡Conformes, mi general!* Montoneros y la JP se hicieron presentes en la Plaza, burlaron los controles que debían impedir la presencia de banderas facciosas, atronaron con sus cantos, fuertemente agresivos contra el cerco –incluyendo a la propia esposa del presidente, permanentemente comparada con Evita- y cuestionaron al propio Perón: *Qué pasa General, que está lleno de gorilas el gobierno popular*. Como le había pasado el 31 de agosto de 1955, Perón perdió los estribos, y luego de elogiar a los dirigentes gremiales –la *burocracia sindical*- condenó a los *infiltrados* y a los *estúpidos imberbes*, mientras las grandes columnas, encabezadas por la negra bandera de Montoneros, abandonaban la plaza gritando *Aserrín, aserrán, es el pueblo que se va*. Se estima que se retiraron 60 o 70.000 personas, de las 100.000 presentes, mientras Perón terminaba su discurso ante la Plaza semi vacía. Es difícil imaginar una escenificación más clara de la ruptura.

No era el único problema de Perón, que en otros terrenos tenía que lidiar con quienes allí lo apoyaron. El Pacto Social hacía agua: los empresarios practicaban el desabastecimiento y los sindicatos presionaban con éxito por subas salariales. Este segundo conflicto, que transcurría por escenarios laterales, tuvo su lugar en el escenario de la Plaza: el 12 de junio por la mañana Perón pronunció por televisión un discurso desencantado y amenazó con renunciar. Por la tarde, la CGT llenó la Plaza para manifestar su solidaridad y el anciano líder, enfundado en un sobretodo y visiblemente desmejorado, pudo llenar sus oídos con *la más maravillosa música*, aunque difícilmente haya creído que volvía a controlar la situación. Poco después murió. El largo velorio, en el Congreso, posibilitó una nueva escenificación: la JP y Montoneros se reconciliaron con el jefe muerto, se reincorporaron a la masa peronista, y se dispusieron a retomar el juego de hablar a través de sus palabras.

Pero ya las cosas eran distintas. La movilización de los militantes decreció: algunos fundaron disidencias, reclamando lealtad auténtica al líder, y otros volvieron a su vida privada. En cambio se intensificó la guerra de aparatos: patrocinada por López Rega y el comisario Villar, jefe de la Policía Federal, se constituyó, en vida de Perón, la Triple A, encargada de la represión clandestina. Se multiplicaron los asesinatos simbólicos y ejemplificadores, como había sido el de Aramburu, y también los de militantes poco conocidos, y la ciudad se encontró cada día con un cadáver nuevo: el padre Mugica, muerto a la salida de una iglesia de Mataderos, quien sabe por quién, Silvio Frondizi, Rodolfo Ortega Peña, el general chileno Prats, Arturo Mor Roig, David Kraiselburd... Poco después, la conducción de Montoneros anunció que pasaba a la clandestinidad y cerraba todas sus organizaciones de superficie. En su lucha, las masas habían dejado su lugar a las armas.

Hubo aún un último acto. Muerto Perón, el conflicto en torno del Pacto Social se agudizó y los sindicatos salieron a la calle, empujados por sus bases, para defender su parte en la puja distributiva, frente al ministro de Economía Celestino Rodrigo, que impulsado por López Rega había dado un fuerte giro en favor de los empresarios. Encabezados por Casildo Herreras, secretario general de la CGT, y Lorenzo Miguel, jefe de las 62 Organizaciones peronistas, los trabajadores ocuparon la Plaza de Mayo y reclamaron la renuncia de López Rega: *Isabel, coraje, al Brujo dale el raje*. Isabel resistió unos días, pero enfrentada con una huelga general aceptó el consejo. A esa altura, la política transcurría por otros escenarios.

Muerte y resurrección, 1976-1983

Después, las calles se vaciaron de gente, mientras empezaban a llenarse de cadáveres. En las semanas anteriores al 24 de marzo de 1976 Buenos Aires vivió un paroxismo de asesinatos, amenazas y exilios, de modo que el golpe militar fue recibido con cierto alivio. La cara pública del nuevo gobierno militar no difirió demasiado de aquella de la dictadura anterior: detención de los principales dirigentes políticos, suspensión de la actividad partidaria, intervención a los sindicatos y suspensión del derecho de huelga, intervención a las universidades, ocupación militar de las plantas fabriles conflictivas, y la declarada intención de restablecer, luego de una reorganización, la *auténtica* democracia. Con los medios de prensa la consigna fue más estricta: estaba prohibida toda mención a las organizaciones subversivas, y en general se recomendó extrema prudencia en el comentario de las cuestiones vinculadas con la represión.

Durante los primeros años, no fue fácil saber qué pasaba, y muchos prefirieron no enterarse. Parte de la información podía leerse en los diarios: *En una playa de estacionamiento de la Capital Federal y en un descampado de Villa Lugano se hallaron un total de quince cadáveres, cada uno con numerosos impactos de bala; la mayoría eran jóvenes que vestían ropas sport con pantalones tipo vaquero*⁹. El suceso, excepcional, ocurrió al día siguiente de que Montoneros colocara una bomba

⁹ Tomado de TRONCOSO, Oscar, *El Proceso de Reorganización Nacional/1*, Buenos Aires, CEAL, 1984. También he utilizado las cronologías subsiguientes, publicadas en los tomos 2 y 3 del libro citado, y en la revista *Redacción*.

en la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal. Pero las noticias cotidianas no eran muy diferentes: un hombre fusilado en el Obelisco, cinco sacerdotes palotinos muertos en la Iglesia de San Patricio, subversivos que morían en *enfrentamientos*, al *intentar copar* una comisaría, en *un procedimiento*, o *al fugarse*. Muchos pudieron ver en directo los *operativos*: la llegada en el medio de la noche de los Falcon verdes, sin patente; la ostentosa portación de armamento pesado; la irrupción violenta en una casa; el retorno de los hombres, que arrojaban en el vehículo a una o dos personas encapuchadas. Procedimientos similares tenían lugar en fábricas o en la calle. En una ciudad como Buenos Aires, grande y anónima, las experiencias personales se procesaron de manera diferente que en Córdoba o La Plata: se enteró quien quiso o se propuso saber qué pasaba, y muchos pudieron creer que todo se limitaba a los *subversivos*. Algunos episodios desmentían vigorosamente esto: los asesinatos del uruguayo Zelmar Michelini o el general boliviano Juan José Torres, el secuestro del dirigente docente Alfredo Bravo, que el gobierno debió *blanquear* ante la presión de la opinión pública extranjera, la detención del periodista Jacobo Timerman, con un final similar, o la desaparición del sindicalista de Luz y Fuerza Oscar Smith: un día lo subieron en un Falcon verde, a la vista de todos, y nunca se supo más de él¹⁰.

Después se supo¹¹ que esas irrupciones de las *patotas* eran parte de un plan sistemático, elaborado en el más alto nivel del Estado y de las Fuerzas Armadas. Éstas establecieron orgánicamente zonas de responsabilidad –en Buenos Aires había dos, a cargo de la Marina y del I Cuerpo de Ejército–, cadenas de mando, una normativa y un complejo sistema de control administrativo de la operación. Al secuestro seguía la tortura, física y moral, larga y refinada: el secuestrado informaba lo que sabía, eventualmente moría o bien *se quebraba*. Pasaba luego a un confinamiento indefinido, siempre clandestino, en alguno de los innumerables centros de detención, como el paradigmático de la Escuela de Mecánica de la Armada, que por otra parte continuó con sus tareas específicas. Llegado un momento, y luego de una evaluación a cargo de jefes de la más alta jerarquía, se decidía el destino final: para algunos, el *blanqueo*, como detenidos oficiales, pero más generalmente el *traslado*, es decir su ejecución y sepultura clandestinas, en una fosa común o en las aguas del Río de la Plata. Así, hubo pocos muertos y muchísimos desaparecidos. También se supo del desarrollo de formas colaterales de la represión: el robo de los bienes de los desaparecidos, la sustracción de niños nacidos en cautiverio, la utilización del aparato represivo clandestino para dirimir pujas internas entre las Fuerzas, o inclusive cuestiones personales.

La acción se dirigió en primer lugar contra las organizaciones guerrilleras. El ERP desapareció pronto, luego de que sus principales dirigentes fueran abatidos en Buenos Aires. Otras organizaciones desaparecieron o confluyeron en Montoneros, que mantuvo su capacidad operativa hasta 1979. En los primeros años realizaron acciones espectaculares: una bomba en medio del edificio de la Policía Federal, el asesinato de su jefe, el general Cardozo, una bomba en el edificio Cóndor de la Aeronáutica, otros atentados al canciller, almirante Guzzetti, y al jefe de la Armada, almirante

¹⁰ Smith era en realidad un *burócrata sindical*, un prolijo dirigente de Luz y Fuerza, absolutamente distante de cualquier postura política radicalizada, pero cuidadoso defensor de los derechos de los trabajadores de su gremio, que por entonces libraban una dura huelga.

¹¹ La Comisión Nacional sobre la Desaparición de las Personas documentó ampliamente cerca de 10.000 casos. Su informe se editó con el título de *Nunca más*, EUDEBA, 1984.

Lambruschini, e innumerables atentados contra represores, militares, y otros blancos cuyo sentido no siempre era claro. En estos casos no se escatimó la información oficial, que legitimaba la represión. Montoneros se convirtió en una organización militar eficiente, que resolvió adecuadamente sus problemas financieros y logísticos, y también los discursivos: ahora luchaba contra un enemigo definido y claramente ubicado en el campo adversario; realizó acciones espectaculares, pero cortó todo vínculo con sus bases, de modo que no obtuvo rédito político alguno¹². Finalmente fueron derrotados en lo militar.

La acción represiva trascendió ampliamente el ámbito estricto de las organizaciones armadas. Afectó a militantes de organizaciones políticas y sociales, dirigentes gremiales de base, sacerdotes, intelectuales, estudiantes, abogados que defendían presos políticos, activistas de organizaciones de derechos humanos. Se atacó cualquier expresión de activismo, de protesta, de crítica: todo aquello que había florecido desde 1969. No hubo errores; los resultados fueron los buscados: se trataba de eliminar a unos y silenciar a los otros, los vivos. A la acción terrorista y clandestina se sumó la acción pública del Estado que suspendió la política, censuró la prensa, clausuró el debate, acalló a artistas e intelectuales, e impuso su discurso, abrumador: la alternativa era el orden o el caos; la *subversión apátrida* no tenía derecho a existir y merecía ser exterminada. Todo era sospechoso de pertenecer a ella, como se decía en un folleto ampliamente distribuido en las escuelas: Subversión en el ámbito educativo (conozca a nuestro enemigo).

En lo inmediato, su éxito fue grande. Ricardo Piglia ha plasmado en *Respiración artificial* esa situación de dominio abrumador del discurso oficial. Guillermo O'Donnell detectó, en su momento, la aparición en los sectores más íntimos de la sociedad de los pequeños *kappos*, encargados de la vigilancia: la sociedad se patrulla a sí misma, concluía¹³. Silenciada la crítica, se impuso la idea del *por algo será*: algo de malo habrían hecho los muertos o desaparecidos. La atención se centró en los plazos fijos, la especulación financiera, los productos importados y la *plata dulce*. Los militares no lograron un consenso activo, pero consiguieron poner en primera línea lo peor de la cultura política argentina: el nacionalismo chauvinista, megalómano y paranoico a la vez, que fácilmente podía identificar cualquier dificultad en la concreción del *destino de grandeza* con la acción de un enemigo artero, exterior o interior.

Mucho de eso afloró con los festejos del Campeonato Mundial de Fútbol, aunque mezclado con olvidadas expresiones públicas de solidaridad colectiva: los festejos en el Obelisco volvieron a reunir a masas alborozadas que no se veían en la calle desde hacía varios años. El fútbol pudo ser el puente entre la sociedad y la Junta Militar: en 1979, cuando se produjo la visita de inspección de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, el relator de fútbol José María Muñoz invitó con éxito a quienes festejaban el título mundial obtenido por el seleccionado juvenil a manifestar delante de la Comisión, mostrando que *los argentinos somos derechos y humanos*. A los mismos

¹² En 1979, quienes planearon la *contraofensiva*, contaban con que hubiera un movimiento de apoyo popular, que nunca se produjo. GILLESPIE, op. cit.

¹³ O'DONNELL, Guillermo, "Democracia en la Argentina: micro y macro", en OSZLAK, Oscar (comp.), "Proceso", *crisis y transición democrática*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

sentimientos nacionalistas chauvinistas apelaron los militares en 1982, cuando lanzaron la Guerra de Malvinas, con amplio éxito: todos los sectores debieron solidarizarse con el gobierno y fueron pocos los que se atrevieron a expresar públicamente su disentimiento.

Antes del Mundial, eran pocos los que salían a la calle, con excepción de un grupo de madres de desaparecidos que empezó a reunirse los jueves en la Plaza de Mayo, con la cabeza cubierta con un pañuelo blanco, a reclamar por sus hijos. Eran pocas, aunque gradualmente se fueron acercando otras madres y abuelas, y también gente solidaria con su reclamo. En lo personal corrían los mismos riesgos que cualquiera: a fines de 1977 desapareció su presidenta, Azucena Villaflor, junto con dos monjas francesas que la ayudaban. Pero habían encontrado una brecha en el discurso oficial, monolítico y abrumador: los derechos de una madre no podían incluirse en la omnicompreensiva *subversión*, sobre todo por quienes decían hablar en nombre de los valores cristianos. Eso, y su intransigencia –que hoy conservan- les dio su fuerza y las fue convirtiendo en el punto de referencia de un movimiento más amplio de defensa de los derechos humanos, que recibió amplio apoyo internacional, y de cuestionamiento del régimen militar. Con las Madres, la Plaza de Mayo recuperaba su función de escenario político. *Cantando al sol como la cigarra/ después de un año bajo la tierra,/ igual que sobreviviente/que vuelve de la guerra* María Elena Walsh anticipó la gradual recuperación del espacio público por los disidentes sobrevivientes. Fue ella quien sacudió a los lectores de *Clarín* en 1979 con su artículo *Desventuras en el país jardín de infantes: Cuando el censor desaparezca... todos estaremos decrépitos y sin saber ya qué decir*. Ese año, desde algún lugar de Buenos Aires, un grupo de sindicalistas se animó a convocar el primer paro general desde 1976: no les fue muy bien, los encontraron y los detuvieron; pero los trataron con una suavidad nueva: el gobierno militar ya estaba enfascado en la discusión sobre la *salida política* y sobre su renovación presidencial, aunque también en ese año apareció el cadáver de Elena Holmberg y se produjo la sangrienta *contraofensiva* montonera.

Las voces de la sociedad se empezaron a escuchar en espacios no convencionales, por ejemplo los recitales de rock: 60.000 jóvenes se reunieron en 1980 en el Picadero de La Rural para escuchar a *Serú Girán*; mientras esperaban, cantaron *Alicia en el país de las maravillas* y la Policía buscó en la letra alguna clave contestataria; no la encontró, pero igual optó por detener a treinta jóvenes. Los recitales fueron creciendo en los años siguientes, sobre todo en el estadio de Obras Sanitarias: Manal, Charly García, León Gieco, *Los Redonditos de Ricota*, con un mensaje confusamente contestatario, como el *Solo le pido a Dios/ que la guerra no me sea indiferente*, que León Gieco cantó en un festival de solidaridad con los combatientes en Malvinas¹⁴.

Más allá de la intención de los responsables, los espacios se politizaban, como ocurrió con Teatro Abierto, una iniciativa de autores, directores y actores que, al margen del patrocinio oficial, convocaron al público a ver teatro argentino, con tanto éxito que el local donde actuaban resultó misteriosamente incendiado. Los avances de la politización ocurrían día a día, luego de calcular con cuidado hasta dónde el gobierno estaba dispuesto a tolerarlo: pueden seguirse en la trayectoria de la revista

¹⁴ BERTI, Eduardo, *Rockología. Documentos de los 80*, Buenos Aires, BEAS Ediciones, 1994.

Humor, que pasó a lo largo de esos años de lo estrictamente humorístico a lo abiertamente político.

En 1981, mientras se derrumbaba el paraíso de la *plata dulce*, la protesta se hizo francamente política. Los empresarios, sacudidos por la crisis financiera, convocaron a una *jornada de tristeza nacional*, la Conferencia Episcopal se hizo cargo de los problemas de la represión e invitó a la *reconciliación nacional*, en términos violentamente rechazados por las organizaciones de derechos humanos, y los partidos, reunidos en la Multipartidaria, convocaron *al país, antes de que sea demasiado tarde*. Una multitud asistió al entierro de Ricardo Balbín, el veterano dirigente radical, y lo convirtió en un verdadero acto político. Los trabajadores fueron convocados a la iglesia de San Cayetano, para reclamar pan, paz y trabajo, y los radicales se reunieron frente al Comité partidario: allí y en otros lugares comenzaba a corearse: *Se va a acabar/ la dictadura militar*. El coro fue ensordecedor el 30 de marzo de 1982, cuando la CGT convocó una movilización en la Plaza de Mayo; la Policía reprimió, sin contenerse, y detuvo a mil manifestantes, pero soportó una densa pedrea desde las ventanas de las oficinas aledañas¹⁵. La gente en la calle, se sumaba para enfrentar a un gobierno militar dividido y desorientado. La historia se parece a la de diez años atrás, aunque con obvias diferencias: no estaba Perón, y la cultura política había cambiado muchísimo, aunque no todos eran conscientes de ello. La Guerra de Malvinas detuvo el proceso, para luego desencadenarlo de manera imposible de detener.

En lo inmediato, el reclamo político y social fue acallado con el clásico recurso del agitar al viento las banderas y excitar las pasiones nacionalistas. Para el régimen militar el precio fue alto: el canciller Costa Méndez tuvo que abrazarse con Fidel Castro y otros líderes tercermundistas, y en el país hubo que levantar controles y restricciones, reconciliarse con políticos y sindicalistas, y dejar que la gente saliera a la calle. Un pequeño drama se desarrolló en la Plaza de Mayo a lo largo de 45 días: el 2 de abril, 10.000 personas allí congregadas invitaron al presidente, general Leopoldo Fortunato Galtieri: *Salí Galtieri/salí al balcón, y Leo se animó*. El 10 de abril, mientras el secretario de Estado norteamericano A. Haigh negociaba con la Junta, fueron 100.000, que agitaban banderas celestes y blancas, eufóricos y seguros del triunfo. La Plaza estaba como en sus mejores días y Galtieri, enfático, afirmó: *la dignidad y el honor de la nación no se negocian*. Estaba en la cresta de la ola, pero no pudo retroceder. En muchas partes de la ciudad, grupos espontáneos recolectaban ropa, cigarrillos o chocolate para los soldados y los rockeros hicieron un festival. El 26 de abril, 10.000 activistas sindicales y políticos reclamaron medidas profundas contra el *imperialismo* y diferenciaron su reclamo de las posturas del gobierno: *Malvinas sí, Proceso no*. Luego se desarrolló la guerra propiamente dicha; la información, controlada y distorsionada, coincidió con las fantasías omnipotentes del *enano nacionalista* instalado en la cultura política argentina: más allá de toda lógica, la gente estaba convencida de que la guerra se ganaba. Por eso, la noticia de la rendición, sin gloria, cayó como un baldazo: Galtieri, que libraba su interna y esperaba solidaridad de la gente, convocó otra vez *al pueblo* a la Plaza; lo acompañó José María Muñoz, desde España, donde estaba transmitiendo el Mundial de Fútbol, igualmente calamitoso para la Argentina. Solo se reunieron 5000 personas, verdaderamente

¹⁵ ABOS, Álvaro, *Las organizaciones sindicales y el poder militar*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

furiosas, que apedrearon e incendiaron comercios, tachos de basura o colectivos, y fueron violentamente reprimidos. Concluyó el drama y se volvió, aproximadamente, a la situación del 30 de marzo.

La derrota había logrado unificar y galvanizar a la opinión, que antes del 2 de abril estaba confusa e indecisa. Para algunos, pocos, los militares eran culpables de haber emprendido la guerra; para la mayoría, su culpa consistía en haberla perdido. Su ineptitud comenzó a ser revelada por una prensa ávida e inquisitiva, que pasó sin solución de continuidad a denunciar lo que por entonces se llamaban *los excesos de la represión*: en el Gran Buenos Aires se encontraron 400 tumbas de desconocidos, probablemente desaparecidos. El reclamo creció a lo largo de 1982, y a mediados del año siguiente, mientras se conocían los últimos golpes de la represión, el Gobierno dio a conocer un *Documento Final* y una ley de autoamnistía, vigorosamente rechazada desde todos los ámbitos de la opinión. Por entonces, la oposición había ganado la calle. En 1982 Raúl Alfonsín, que reclamaba el liderazgo en la UCR, reunió 25.000 personas en el Luna Park; Franja Morada movilizó a los estudiantes universitarios y ganó las elecciones de centros, y los vecinos de Lanús, un poco al sur de la Capital, protagonizaron una violenta protesta callejera contra el alza de impuestos. En diciembre de 1982, 100.000 personas concurren a la Marcha de la Civilidad por la Democracia y la Reconstrucción, convocada por políticos, sindicalistas y organizaciones de derechos humanos; fueron reprimidos y hubo un muerto. La novedad fue que la televisión registró con cuidado los hechos.

La hora de la civilidad, 1983-1989

La anunciada vuelta de la democracia suscitó un enorme entusiasmo. La afiliación a los partidos políticos superó cualquier pronóstico, pero además de llenar su ficha la gente se acercó a los comités para participar, hablar y hacer propuestas sobre las cuestiones más variadas, que la vuelta de la democracia permitiría resolver. También hubo un aprendizaje de las reglas: todo aquella educación cívica largamente olvidada tanto por la escuela como por la propia sociedad, donde la democracia y las instituciones republicanas llevaban décadas de descrédito. El sufragio, cuando llegó el día, fue para la mayoría un acto ceremonial: la consagración de la ciudadanía; muchos concurren con sus hijos, e insistieron en entrar con ellos al *sancta sanctorum* del cuarto oscuro.

La vuelta a la democracia supuso una nueva manera de entender la política, claramente separada de anteriores tradiciones por el interludio del proceso. La dimensión ética la penetró profundamente: nadie pudo volver a decir que el fin justificaba los medios, ni fundar una estrategia política en ese principio. La experiencia pasada, y los planteos de las organizaciones de derechos humanos impulsaron esta transformación, decisiva en la cultura política de la ciudad y el país. Por otra parte, se impuso el valor del pluralismo: nadie era dueño ni de la patria ni de la verdad, que estaba repartida entre las distintas voces de la civilidad; el interés común surgiría de la discusión. Sin embargo, en esta etapa de aprendizaje y transición, se dio especial importancia a la defensa del marco compartido y a acotar el margen de las disidencias: la figura del Proceso, y el recuerdo de la represión, ocuparon el lugar del otro excluido,

esencial para la unidad. Este aprecio por la pluralidad también era un elemento novedoso en la cultura política argentina. Menos novedoso era el impulso que animaba la nueva fe democrática: reeditando en parte la primavera política de los setenta, la democracia apareció como la panacea, la herramienta política que contenía, en sí, la fuerza para solucionar todos los problemas.

Con la democracia se come, se educa..., solía decir en sus discursos Raúl Alfonsín, el político que más claramente captó y dio forma a esta nueva sensibilidad. Solía cerrar sus discursos, que multiplicó ante multitudes a lo largo de 1983, en la Capital y en el resto del país, con lo que llamaba un *rezo laico*: el Preámbulo de la Constitución; es difícil imaginar una síntesis más elocuente de la nueva sensibilidad política. Cuando denunció el *pacto militar sindical*, asoció a su adversario político –no a todo, sino a su parte negativa– con la nefasta dictadura, y se autoidentificó con la civilidad. El peronismo, por su parte, que superó al radicalismo en la campaña de afiliación, no percibió este cambio en el clima político: insistió con prácticas ya condenadas –el caudillo de Avellaneda Herminio Iglesias quemando un cajón que simbolizaba a la UCR– y con definiciones discursivas no solo envejecidas, sino hasta mal recordadas por sus voceros¹⁶.

La gente –fórmula que empezó a ser preferida a *el pueblo*– no solo recuperó la opinión pública: también se entusiasmó ocupando calles y plazas, el espacio público vaciado durante la represión y recuperado durante la transición. El impulso nacido a principios de 1982 se prolongó por varios años; a la impronta inicial –todos unidos contra la dictadura– se añadieron otros usos y motivaciones. Para lo estrictamente político, el escenario principal siguió siendo la Plaza de Mayo, aunque Alfonsín se cuidó de darla vuelta –una especie de rito de desperonización– pronunciando su arenga inaugural como presidente desde los balcones del Cabildo. También fue un lugar importante el Congreso, para las manifestaciones sectoriales, en demanda de determinadas leyes, pero también para algunas grandes jornadas –el recorrido entre el Congreso y la Plaza de Mayo era simbólicamente importante– y los Tribunales: la división de poderes, piedra fundamental de la recuperada república, se expresaba en las movilizaciones. Los estudiantes empezaron a usar la Plaza Houssay –cerca de las principales facultades– al menos como punto de encuentro de las manifestaciones, y también sirvieron como referencia algunos sitios simbólicos de la represión, como la ESMA.

Esto se reforzó con usos de los espacios públicos no específicamente políticos, aunque en alguna medida compenetrados de la nueva sensibilidad democrática. Las escuelas empezaron a hacer sus actos patrióticos en la calle o en la plaza –como antaño–, y mucha gente usó las plazas para manifestaciones de distinto tipo, entre cultural, social y político. Una forma muy característica fue el teatro callejero, inspirado en Augusto Boal o en el grupo catalán *La Fura del Baus*. Eran saltimbanquis, grupos que protagonizaban minidramas al paso, o barrios enteros organizados en una experiencia teatral vecinal, como el Grupo de Catalinas Sur. El gobierno radical estimuló esta movilización cultural ciudadana: el Programa Cultural en Barrios buscó dar espacio a los animadores barriales y el Centro Cultural Buenos

¹⁶ Se trata del famoso *blooper* del candidato a vicepresidente Deolindo F. Bittel, quien declaró que la opción era entre liberación o dependencia, y que el justicialismo elegía la dependencia.

Aires se propuso acoger la mayor cantidad de activistas, iniciando un entronque, muy característico de la era de la civilidad, entre cultura, actos de masas y política no contestataria: en 1984, los cantantes cubanos Silvio Rodríguez y Pablo Milanés unieron buena música y *feeling* revolucionario para llenar ocho veces el estado de Obras Sanitarias.

Más allá de la confrontación electoral, el consenso y la unidad siguieron siendo valores fuertes. La civilidad unida era un actor político al que era posible interpelar con éxito. 50.000 personas se reunieron el día en que comenzó el Juicio a las Juntas militares; aunque desde las organizaciones de derechos humanos hubo críticas a la limitación del enjuiciamiento, episodios como el del general Menéndez, amenazando con su cuchillo a los periodistas, servían para recordar en qué temas residía la unidad. Alfonsín apeló permanentemente a ella: su amplia convocatoria, que trascendía la cuestión de la liquidación del Proceso y apuntaba a una vasta *modernización*¹⁷, incluía a socialistas, cristianos, demoprogresistas, peronistas..., cada uno con sus banderas, sumándose a un movimiento dirigido por la UCR y por el propio presidente, probablemente atraído por la magia del balcón y la plaza.

En abril de 1985, en medio de un clima enrarecido por la fuerte inflación y por amenazas y atentados provenientes de la llamada *mano de obra desocupada*, Alfonsín convocó a la Plaza, para defender el gobierno constitucional –objetivo compartido por *la gente-* y para anunciar un severo ajuste económico, lo que provocó fuertes expresiones de disenso. Desde entonces, el disenso empezó a avanzar sobre la unidad, por razones lógicas y esperables. En parte, se debía a la confrontación entre la ilusión, algo *boba*¹⁸, de la democracia entendida como panacea universal con una realidad sólida e irreductible: no todo era posible para la gente de buena voluntad. En parte, era la emergencia de los intereses particulares que se exponían y confrontaban. Muchos de ellos transcurrieron por los territorios del *lobby*, las operaciones de prensa, los llamados telefónicos. Algunos pudieron llevar mucha gente a la calle. Eso ocurrió en 1986 durante el tratamiento parlamentario de la ley de Divorcio. El ala más conservadora de los obispos –que al respecto estaban divididos- convocó en 1986 a una manifestación contra la ley y monseñor Ogñenovich, arzobispo de Mercedes, concurrió con la mismísima Virgen de Luján, sin por ello lograr conmover mayormente a la opinión. Por entonces, los Testigos de Jehová reunían en River Plate 55.000 personas, cantidad similar a la de la plaza antidivorcista. Mucho más nutridas fueron las movilizaciones con que la CGT concluyó algunos de sus 14 paros generales a lo largo del sexenio de Alfonsín. Ya en 1985, ante más de 100.000 personas, Saúl Ubaldini reclamó: *le vamos a decir al gobierno que cambie o se vaya*, y aunque poco después tuvo que amainar velas, ante el éxito inicial del Plan Austral, en 1986 retomó su discurso beligerante. Es que el sindicalismo, sin renovar demasiado su conducción, también había sido tocado por la comezón democrática –las elecciones gremiales de

¹⁷ La idea fue desarrollada en el *Discurso de Parque Norte*: Raúl Alfonsín, Discurso ante el plenario del Comité Nacional de la UCR, en Parque Norte, el 1 de diciembre de 1985. En GIACOBONE, Carlos y GALLO, Edit, *Radicalismo, un siglo al servicio de la patria*, Unión Cívica Radical, Biblioteca, Archivo Histórico y Centro de Documentación. Comité de la Provincia de Buenos Aires, 1991.

¹⁸ Los patriotas de Nueva Granada llamaron *Patria boba* a la primera experiencia revolucionaria, entre 1810 y 1812, que concluyó desastrosamente, y fue seguida por la acción, más realista, de Bolívar.

1984 tuvieron una alta participación- y los trabajadores sindicalizados fueron copartícipes de la ilusión acerca del poder de la movilización.

Entre la manifestación de los legítimos disensos, el interés común de la civilidad pudo sobrevivir, al menos hasta 1987. En 1985 se constituyó para apoyar el Plan Austral, que en su fase inicial fue el *plan de todos*, la encarnación del interés común (lo que probablemente terminó llevándolo al fracaso). En 1987, la civilidad se constituyó, de manera corpórea y contundente, ante el alzamiento carapintada de Semana Santa. Tensada al máximo, dispuesta a defender las instituciones y el gobierno constitucional, la gente se reunió en la Plaza del Congreso primero, y en la Plaza de Mayo después, acompañando el largo proceso requerido para doblegar a un grupo de dos o tres centenares de militares que, indudablemente, tenían tras de sí mucha más fuerza de lo que parecía. La fuerza moral de la civilidad era grande; tanto que nadie –partidos, empresarios, gremios, iglesias- quiso o pudo quedar fuera del acuerdo. El espectáculo del domingo de Pascua fue, probablemente, el más notable que se presenció en toda la historia de la Plaza: el presidente, avalado por la fuerza moral de la civilidad, y con la banda y el bastón presidencial bien puestos, anunció que iría personalmente al cuartel, en helicóptero, a exigir la rendición de los sublevados¹⁹; la gente lo esperó en la Plaza con ansiedad; cuando volvió, anunció de manera un poco desconcertante: *¡Felices pascuas!*, para concluir con el algo equívoco *la casa está en orden*. Solo había obtenido una victoria parcial, como lo mostraron luego las leyes de *Punto final* y de *Obediencia debida*.

Un razonamiento político afinado especularía sobre costos y beneficios, riesgos y seguridades. Para quienes todavía vivían la borrachera de la democracia *boba* y de la omnipotencia de la civilidad, la desilusión fue fuerte: había poderes contra los que la gente, aún tensada al máximo, no podía. Desde entonces, los militares se convirtieron en un problema insoluble y reiterado, y la ilusión democrática se transformó en desilusión corrosiva, tan fuerte y *boba* como aquella. La exigencia al gobierno de mucho más de lo que podía hacer se unió al escepticismo sobre la democracia. Se puso de manifiesto las débiles bases de la nueva cultura política: ¿para qué sirve, si no puede doblegar a los grandes poderes corporativos? La nueva desilusión se manifestó por ejemplo en algunas huelgas *enragés*, como la de los docentes universitarios, en un cierto giro del teatro callejero: la *Organización Negra*, que quería *hacer un teatro para astillar lo cotidiano*²⁰, difundió un mensaje pesimista y anárquico a la vez. También, en la crítica desencantada del periódico *Página 12*, que osciló entre el reclamo radicalizado y la defensa a ultranza de la democracia republicana.

La desilusión se manifestó, sobre todo, en el abandono gradual de la calle por los ciudadanos, reemplazados por un público ávido de espectáculos. Las convocatorias de la CGT movieron menos gente. En cambio una muchedumbre siguió al Papa, en su visita en 1987, que tuvo mucho de político –sostuvo a los antidivorcista, defendió la actuación del episcopado durante el Proceso, reclamó una auténtica reconciliación- pero también mucho de show de masas. El mismo espíritu imperó al año siguiente, en

¹⁹ Perón, maestro del *gran guignol* de la Plaza, nunca afrontó personalmente una situación así. Véanse las imágenes fotográficas del 16 de junio de 1955.

²⁰ En *Los fusilamientos*, un grupo era fusilado en una avenida muy transitada, y los actores caían ensangrentados sobre los automóvilistas; el espectáculo duraba 20 segundos.

el final de la gira de Amnesty –en River, con Sting y otros muchos célebres-, o en el festejo por cinco años de democracia. El público, en su mayoría juvenil, no difería demasiado, en composición e intenciones, del que se movilizó para ver bailar a Julio Bocca o para escuchar a la sinfónica de Filadelfia.

A fines de 1988, el levantamiento del coronel Seineldín en Villa Martelli volvió a reunir a la gente en la Plaza. Pero ese día un grupo no identificado de civiles armados se enfrentó con la Policía que custodiaba la puerta del Regimiento donde estaban los amotinados; luego de un tiroteo huyeron llevando un herido. Hubo dudas: ¿manifestación popular espontánea o rebrote de las organizaciones guerrilleras? En enero de 1989 no hubo dudas: la violencia extralegal había reaparecido. 50 o 60 civiles armados tomaron por asalto el cuartel del Regimiento 3 en La Tablada; participaron jóvenes del Movimiento Todos por la Patria, que decían querer desbaratar un plan para desplazar al presidente constitucional, y fueron dirigidos por Enrique Gorriarán Merlo. Con artillería y tanques, la policía y las fuerzas militares los reprimieron y realizaron una pequeña masacre. Meses después, en medio de una alucinante hiperinflación, hubo saqueos a supermercados, y aunque no amenazaron directamente a Buenos Aires, la ciudad sintió la amenaza de la posible explosión de violencia popular en el cordón de miseria que la rodeaba.

Por entonces, el gobierno de Alfonsín y las ilusiones de la civilidad se encontraban en retirada. No desapareció todavía ese estilo de política fundado en la unidad popular y en la regeneración mediante el sufragio. Desde 1987, la esperanza estaba encarnada en el peronismo renovador, donde Antonio Cafiero proponía realizar *la revolución peronista pendiente*. El peronismo avanzó ocupando el lugar que el alfonsinismo dejaba vacío, pero no lo aprovechó Cafiero –que al fin expresaba una variante de la reconstrucción democrática de 1983- sino su antítesis, el gobernador riojano Carlos Menem, que nucleó a distintos sectores marginales del peronismo –al principio se habló de antielite²¹, luego, simplemente de mafia- y arrasó, primero en las internas del PJ y luego en las elecciones presidenciales. Ciertamente, la ciudad de Buenos Aires no fue nunca propicia para Menem, pese a algunas exitosas *ñoqueadas* en La Boca; en cambio se afirmó en el Gran Buenos Aires, que recorrió en el *menemovil*, vestido de santón, con una escenografía más propia del pentecostalismo que de la tribuna política, prometiendo el *salario* y la *revolución productiva*. Menem personificó al *mesías*; interpelló a la Argentina como Jesús a Lázaro y le ordenó: *levántate y anda*; no se dirigió a los *ciudadanos* sino a los *hermanos y hermanas*; no apeló a su razón sino a sus sentimientos. Y sin embargo, algo lo unía con la gran tradición de 1983: quienes lo votaron masivamente, creían en el potencial regenerador del sufragio.

Epílogo

Creo que la de 1989 fue la última manifestación de la civilidad en cuanto tal, segura de los valores regenerativos de la democracia y confiada en la fuerza de la calle.

²¹ SIDICARO, Ricardo, “Poder político, liberalismo económico y sectores populares: 1989-1995”, en SIDICARO, Ricardo, *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1995.

Comenzó entonces una transformación global de la Argentina, que alteró, entre otras muchas cosas, las formas de la cultura política.

Aunque hubo muchos maltrechos, la protesta decreció. Apoyándose en el recuerdo –cuidadosamente cultivado– de la hiperinflación, y en el catastrófico final del gobierno de Alfonsín, el gobierno de Menem se aseguró un buen período de tranquilidad política. Por otra parte, la reestructuración económica y la transformación del estado afectaron a amplios sectores de la sociedad, y también a las organizaciones que habitualmente canalizaban las protestas, en particular las sindicales: a diferencia de Alfonsín, durante sus diez años Menem no debió enfrentar paros generales. Hubo muchas protestas sectoriales: trabajadores estatales, jubilados, docentes, estudiantes, taxistas, colectiveros; en ocasiones salieron a la calle el mismo día, pero en lugares distintos, expresando así la dificultad para sumar las demandas parciales en un reclamo general, como había sido característico, por ejemplo, de los años anteriores a 1973. El peronismo, gran agregador de demandas populares durante varias décadas, ahora estaba en el gobierno, por más que algunos grupos contestatarios se reclamaran como el *auténtico* peronismo. Por otra parte, la consigna de los Derechos Humanos dejó de ser eficaz; a fines de 1990, el indulto presidencial a los comandantes fue seguido por una gran manifestación y luego el tema dejó de ser un convocante contestatario, pese a los esfuerzos de algunos grupos de activistas; en 1996, a veinte años del golpe, la cuestión entró en la conmemoración oficial²². Lo cierto es que el interés común, capaz de nuclear a la civilidad, no encontró un tema alrededor del que constituirse.

La política se expresó en la calle cada vez menos frecuentemente. Menem, que había hecho una notable campaña electoral, abandonó rápidamente la idea de convocar al pueblo a la Plaza y al balcón histórico, luego del fracaso del acto del 17 de octubre de 1989; hubo en 1990 una llamada *Plaza del sí*, que de manera característica fue convocada, desde la televisión y la radio, por un conocido periodista, pero la iniciativa no tuvo consecuencias. Menem también se desinteresó por los discursos políticos convencionales –un género que Alfonsín supo cultivar con éxito–, aunque desempeñó activamente la tarea de dar sentido a los acontecimientos: se dedicó a los programas periodísticos, a la réplica corta y sobre el acontecimiento, así como a otras formas de aparición pública, poco convencionales pero cargadas de significado político: jugar al fútbol, bailar una zamba por televisión, correr en una Ferrari o recibir a actrices y modelos.

La retirada del discurso y de la movilización callejera fue general. En las campañas electorales, los actos públicos fueron mínimos. En su lugar, se hacían *marchas*, como la célebre del *menemovil*, en las que se producía esa especie de encuentro místico entre el pueblo y su representante, pero importaban menos los reales asistentes que quienes se enteraban a través de los noticieros de televisión, para quienes se hacía una cuidada *producción* de la marcha²³. En Buenos Aires este efecto se logró con

²² En 1999 los directivos de un canal de televisión rechazaron un programa de contenido histórico-político: no querían *política*, salvo sobre temas en los que todos estuvieran de acuerdo, como los derechos humanos.

²³ La ilusión de la presencia de un público masivo a lo largo de toda la marcha se logra con equipos de simpatizantes que van rotando, pasando por calles laterales desde la cola de la columna hasta la cabecera. En otras ocasiones, cuando un funcionario o dirigente necesita *calor popular* para una aparición pública, puede llegar acompañado del *público*, que permanece mientras se filma el acto.

caminatas, por una avenida o un barrio. Así, la calle se convirtió en el escenario para que una protesta fuera filmada por la televisión, y dejaba de importar cuando la filmación concluía. En 1997 los gremios docentes instalaron frente al Congreso una carpa, donde por grupos se reunían maestros de todo el país para ayunar; fue un hallazgo notable pues permitió superar la fugacidad del evento callejero y convertirlo en espacio donde siempre era posible producir una aparición nueva en los medios.

Muchos de estos cambios son atribuibles a una baja cíclica en el interés por las cuestiones públicas: el reflujo de la primavera de 1983. Sin duda, es un factor importante. Pero el espíritu público renació, gradualmente, en la segunda mitad de la década, sin que reapareciera la política en la plaza o en las calles. En la década de 1990 el político predilecto de Buenos Aires fue Fernando de la Rúa, con un estilo escasamente carismático, casi la antítesis del estilo de Alfonsín. Desde 1994, el electorado progresista se entusiasmó con el Frente Grande y el Frepaso, y particularmente con sus principales dirigentes: Carlos *Chacho* Álvarez y Graciela Fernández Meijide. Fueron dirigentes con magia, que establecieron un estrecho vínculo con sus electores, cultivado con abundantes *caminatas* y actos, pero sobre todo a través de los medios: la victorias de 1997 –cuando se repartieron el triunfo con De la Rúa– y la que obtuvieron juntos en 1999 es comparable en muchos aspectos con la del peronismo en 1973, pero no hubo mucha gente en la calle²⁴. Y no es que la sociedad porteña hubiera perdido el gusto por estar junta en un lugar público: a lo largo de la década, los megafestivales reunieron multitudes, en la cancha de Ríver o la avenida Nueve de Julio, para escuchar a Paul Mac Cartney, Madonna o Michael Jackson, Pavarotti o Zubin Mehta. Desde 1996, la nueva administración radical de la ciudad impulsó esos megaespectáculos, como *Buenos Aires no duerme*, cada vez más populares, y escasamente políticos.

El último rasgo característico de la nueva política es que los votantes no esperan que una votación fuera el comienzo de una nueva era. La normalidad democrática le quitó a las votaciones el carácter de ritual regenerador que tuvieron en 1983 o 1993: la experiencia indicó que por esa vía se producían, eventualmente, muchos pequeños cambios, pero no un gran cambio. Las elecciones de 1999 cerraban un ciclo de diez años y eran, necesariamente, el comienzo de algo nuevo: pese a eso, la preocupación de los dirigentes opositores fue acotar las perspectivas de la renovación y señalar cuántas cosas iban a seguir por el mismo camino.

Pero los pequeños cambios fueron valorados, así como la posibilidad de introducir, en cada elección, pequeños ajustes entre representantes y representados: el tipo de entrega total que se hizo de la voluntad popular a Perón en 1973 es inimaginable en 1999. Los votantes de 1999 se guían un poco menos por sus identificaciones y lealtades históricas y más por cálculos que son distintos de elección en elección.

Desde 1996, como consecuencia de la reforma constitucional, la Ciudad tiene un Gobierno Autónomo, un Estatuto y una Legislatura, al igual que los restantes distritos. Ha cambiado un dato esencial de la política porteña desde 1880: la designación del intendente por el presidente. No es fácil saber en qué cambiará específicamente la vida política en la ciudad, aunque ya hay un dato significativo: el primer Jefe de Gobierno

²⁴ Sobre la campaña electoral de De La Rúa, SEMÁN, Ernesto, *Educando a Fernando*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

de la Ciudad se ha convertido en presidente, algo que ningún gobernador de Buenos Aires ha logrado después de Bartolomé Mitre.